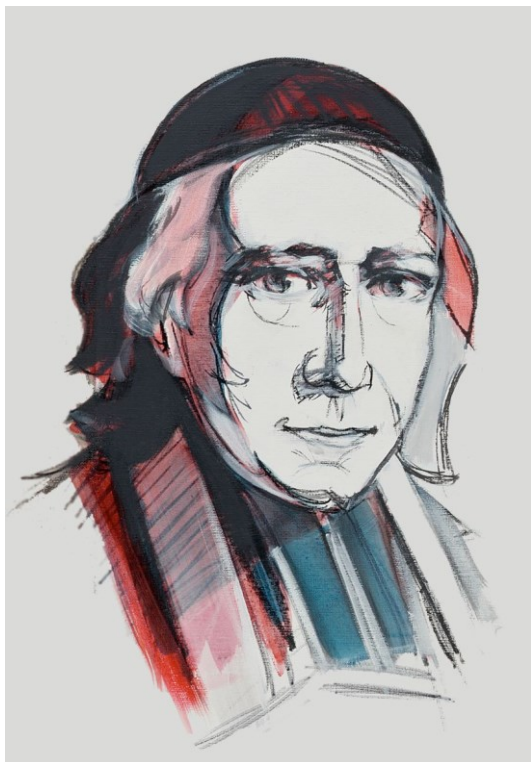


Se humilló a sí mismo

Se dice que la humildad es una virtud menor. Pero no es así. Es la cualidad de Cristo, el Señor, que revela que su corazón es “manso y humilde” y exhorta a sus discípulos a aprender de él. El *Catecismo de la Iglesia Católica* presenta la humildad como la cualidad del Verbo eterno del Padre, que ha tomado la debilidad de nuestra carne y nuestra muerte (nn. 525, 559, 724, 2612). En efecto, Jesús tuvo un nacimiento humilde y vivió una vida sencilla y pobre entre los campesinos de Galilea. A estas gentes pobres les anunció el Reino de Dios, los liberaba del dominio del maligno y les curaba sus enfermedades. Al final, murió pobre y abandonado. Por ello, la humildad es una cualidad intrínseca al discípulo de Cristo.

La humildad consiste en la abnegación de nuestro yo egolátrico, centrado en nosotros mismos, aferrado a la posesión de los bienes materiales, al poder y al predominio sobre los demás. En las tentaciones, el diablo mostró Jesús todos los reinos del mundo y le dijo: «Te daré el poder y la gloria de todo esto, porque a mí me ha sido dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo» (Lc, 4,5-7). San Juan Bautista reconoce que “Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar” (Jn, 3,30). Santa Teresa de Jesús enseñaba que la humildad es “andar en verdad”, en la verdad de lo que somos ante Dios. Por eso, la humildad es todo lo contrario del orgullo, la arrogancia, la autosuficiencia, la prepotencia.



Esta pequeña, pero gran virtud, cualifica excelentemente al padre Chaminade, quien reconocía ante el obispo de Saint Claude, Mons. de Chamon: “No tema Monseñor hacerme penar haciéndome sus observaciones [...]. He comprendido un poco, me parece con la ayuda de la fe, estas palabras de Nuestro Señor: En verdad os digo, si el gran trigo, etc. ¿Cómo se sostendrá y se multiplicará la Compañía de María si no muero del todo a mí mismo, si no soy profundamente humillado y rechazado como absolutamente inútil e incluso

Autor: Luis Larjedo (Valencia)

inservible? Que solamente sea glorificado el nombre del Señor y su Augusta Madre” (23-XI-1845).

El Buen Padre fue siempre modesto y humilde ante Dios y los demás; siempre guardó un reservado silencio sobre su propia persona y nunca quiso que sus obras apostólicas hicieran ruido ante el gran público. El padre Caillet explicaba que Chaminade “era muy sobrio sobre detalles de su vida y que casi nunca hablaba de ello”; y el padre Chevaux repetía que el Buen Padre solía decir: “Toda la gloria a Dios y a nosotros, miserables colaboradores, solo la confusión” [P. Carlos Demangeon, S. M., en *Positio sobre virtudes heroicas*. 1929, p. 1006]. No orientó el ejercicio de su sacerdocio a la búsqueda de honores, no obstante, haber podido hacer carrera eclesiástica cuando al regresar del exilio en 1800 la Santa Sede le nombró Administrador de la diócesis de Bazas; pero, cuando Bazas fue absorbida en la archidiócesis de Burdeos, padre Chaminade se apresuró a resignar su cargo al arzobispo, Monseñor d’Aviau, para dedicarse de lleno a dirigir la Congregación mariana. En una estupenda carta de 19 de junio de 1802

le revela que “hará unos dieciocho meses que el santo arzobispo de Auch [Monseñor de la Tour du Pin] me forzó, en alguna manera, a aceptar la administración de esta diócesis. Por el afecto y respetuosa obediencia que le tengo y, más aún, por el amor que Dios me ha inspirado por su Iglesia, cedí a sus apremiantes invitaciones y uní esta pesada carga a mis numerosas ocupaciones que me reclamaba la situación [pastoral] de la ciudad de Burdeos y el abandono, sobre todo, de la juventud”.

El sacerdote Chaminade no fue arrogante ni dominante. Nunca se sintió propietario de las instituciones que había fundado, sino instrumento de Dios para fundarlas y gobernarlas. Por ello, se hace ayudar por sus discípulos. Al frente de la Congregación mariana había un director seglar, aun cuando él era el Director. Confió la dirección de la obra de los niños limpiachimeneas –que él había creado y organizado- al joven congregante y discípulo Dupuch. Para la redacción de las Constituciones de las Hijas de María (el *Instituto de María*) se confía a su secretario David Monier. También al señor Monier le confió examinar la compra de la gran propiedad de Saint-Remy. Igualmente, se hizo representar por el padre Caillet en la importantísima negociación con el Gobierno para la aprobación civil de la Compañía de María.

Humilde para con los demás, porque era humilde consigo mismo, no se vanagloriaba de sus obras ni se arrogaba el éxito de estas; antes bien, atribuye el éxito a Dios. En una carta a un familiar, el Buen Padre le hace saber que el éxito no se debía a sus cualidades personales, sino al hecho de que no emprendía ninguna obra sin seguir el curso de la Providencia, “cuando lo puedo distinguir” (19-IV-1823). Otro ejemplo de su humildad nos lo da cuando en una súplica de 1819 a la Santa Sede, Monseñor d’Aviau escribió una nota de presentación, calificándolo de “sabio director de la Congregación”. En la transcripción que el señor Chaminade hizo de la súplica, tuvo el cuidado de omitir el calificativo de “sabio” [P. Enrique Rousseau, S. M., en *Positio sobre virtudes heroicas*.1929, p. 998]. Con el joven y un tanto vanidoso Lalanne tiene muchas discusiones teológicas, en las que soporta con paciencia las arrogancias de su discípulo; el 16 noviembre de 1830 le escribe: “Estoy persuadido de que estoy lleno de defectos [...]; hoy he vuelto a convencerme de ello”. El mismo sentimiento manifiesta en su memoria de 26 de febrero de 1845 a Su Santidad Gregorio XVI, al confesar que “muy cierto es que vuestro indigno hijo está lleno de miserias y de

defectos naturales y que, humanamente hablando, es inapto para las grandes cosas a las cuales Dios le ha llamado”. Reconoce ante el obispo de Saint Claude, Mons. de Chamon: “¡Ah!, Monseñor, a la altura de mis años no podría nada, y menos al presente; tengo necesidad de la gracia divina [...]. Dios ha elegido lo débil del mundo para confundir a los fuertes” (25-IX-1847). Por sus palabras vemos que no se vanagloriaba de sus fundaciones; las tenía por obras de Dios y las ve como obras insuficientes, de poca importancia. Siempre denomina a la Compañía de María como “la petite Societé” y así lo escribe en el primer artículo de las Constituciones: “La pequeña Compañía que bajo los auspicios de María ofrece a Dios y la Iglesia sus cortos servicios”. Pero siendo modesto y humilde, no era pusilánime en su actuar. El Buen Padre solía repetir que “el *courage* [valor-entereza] no se opone a la humildad, ni la humildad al *courage*” [a don Domingo Clouzet, 19-VII-1831]. Por eso, era decidido y determinado en sus empresas: “¿Qué es lo que no podemos hacer bajo los auspicios de Nuestra Grande Madre y Patrona?” [Circular de 4 enero 1834].



Grupo de peregrinos argentinos, con Mons. Agustín Cortés, el día 4 de septiembre 2000, en el atrio de la basilica de San Pablo Extramuros, al finalizar la eucaristía de Acción de Gracias por la beatificación del padre Chaminade.

Alma muy sensible, el sacerdote Chaminade era muy consciente de sus pecados y limitaciones personales. Después de una vida llena de méritos y toda ella consagrada

al bien de la religión, escribía en 1834 al padre León Meyer: “Si tuviera usted que llegar a mis años [tenía 73 años] espero que no tenga el reproche interior que yo pruebo de no haber servido mejor a Dios”. Este sentimiento de incapacidad personal aumentó con los años; casi al final de sus días llega a decir: “¡Qué diferencia entre los defectos de este viejo disgustoso y los talentos, el vigor y la prestancia de los señores Caillet, Clouzet y Roussel!” [9-IV-1847]. “¡Ay! -decía al padre León Meyer [12 octubre 1844]-, tengo tantos defectos; he cometido tantas infidelidades; tengo los ojos de mi conciencia tan legañosos! Rece por mí, mi querido hijo, [...] que tengo tanta necesidad para salvarme”.

La humildad del beato sacerdote se manifiesta en sus actos; por ejemplo, don Gerardo Sylvain cuenta que cuando el Buen Padre vino al Noviciado a dar una conferencia a novicios y miembros de las comunidades de Burdeos sobre la nueva redacción de las Constituciones, el padre Collineau, malhumorado porque no había sido consultado en este trabajo, se permitió interrumpir al orador y contradecirlo en público. El Buen Padre, en un ejercicio supremo de humildad, conservó su calma habitual, sin dejar suponer por una sola palabra, ni por un solo gesto cuánto se sintió afectado por tan inconcebible falta al respeto que le era debido [don Miguel García, S. M., en *Positio sobre virtudes*. 1929, p. 993]. Pero el Buen Padre sabía conciliar su deber de superior general con la virtud de la humildad. Si de una parte experimentaba un sentimiento de ineptitud y de impotencia personal, de otra parte, afirmaba su misión y su autoridad de fundador. “No soy fundador (escribía el 18 de abril de 1846) sino porque yo creo que Jesucristo me lo ha pedido y estoy confirmado en esta persuasión por el representante de Jesucristo en la tierra [el Papa]”. Al padre Lalanne le manifiesta sin rubor que “no poseo la Compañía sino como una obra de Dios. Me creo el más incapaz de los hombres para gobernarla; pero el Señor es mi luz y me sostiene” (10-X-1835).

El mayor testimonio de humildad lo dio durante las dificultades con sus Consejeros tras su dimisión de superior general: humillaciones, amarguras, oprobios, no le faltaron; calumniado ante los obispos y acusado de rebeldía ante la Santa Sede. No obstante, no se sintió abatido, sino que conservó la serenidad interior y hasta un cierto consuelo espiritual, como revela al escribir: “Si el fin de la lucha viene a ser humillante para mí, habré ganado, espero, algo para el cielo y para la expiación de mis pecados”.

“¡Qué bondad morir humillado y aniquilado, en el espíritu de los hombres, por amor al divino Crucificado!” (septiembre 1844). En efecto, no hizo acto más humilde que el de su dimisión de superior general, a petición de sus Consejeros; y si el Buen Padre continuó reclamando su autoridad sobre los religiosos fue para poner fin a los abusos contra las Constituciones y al desgobierno en el que cayó la Compañía tras su dimisión; y esto, por su cualidad de fundador y garante del espíritu fundacional. Pues, si en este conflicto se hubiese tratado de su persona, afirma que “guardaría silencio voluntariamente, para asemejarme a Jesucristo”; pero, añade, “no me está permitido a mí, fundador de la Compañía de María, dar el escándalo de ser mirado como rebelde y dejar perder mis fundaciones”. En este sentido, el 26 de febrero de 1845 escribe al Papa: “¿Cómo se puede suponer que vuestro indigno hijo, ya al borde de la tumba [tenía 83 años de edad], fatigado después de tanto tiempo de pesadas cargas, que no lleva sino con fatiga y pena, las busque todavía por ambición?” Y al arzobispo de Burdeos: “Si he dicho más de lo que es necesario en mi situación, estoy dispuesto a presentaros mis humildades excusas, porque creo ser falible, y puede ser que más falible que todos los demás” (24-IX-1844).